



CUANDO
MENOS 
 TE LO
ESPERAS 

ANA CADENAS

ediciones **tagur**

de Casa del Libro

*A mis padres y a los padres de mis padres y a los padres
de los padres de mis padres...*

CERO: ANTES DEL PUM

La culpa fue de Ana. Mi cuñada me sorprendió aquel septiembre, en mi vigésimo primer cumpleaños, con algo inesperado. Sonriendo de oreja a oreja y por encima de las velas que aún no había soplado me tendió un paquete. Antes de abrirlo supe que era un CD, después de abrirlo me quedé sin palabras. ¡Un disco de Chayanne!

—Pero bueno bueno, ¡qué sorpresa!

Apenas pude articular palabra, porque no soy buena agradeciendo obsequios que me horrorizan. Dije «¡gracias!», y me acerqué hasta el aparato de música para completar mi agradecimiento compartiendo con mi familia la voz del cantante colombiano, cubano, puertorriqueño o algo así. Mientras desprecintaba el compacto clavé los ojos en la foto de portada. Era guapo el chico, y musculoso; un tío bueno que además no cantaba nada mal. Aunque su estilo no fuera conmigo, siendo él así de guapo y estando yo tan sola, nuestro fortuito encuentro me pareció un guiño, un regalo del destino.

Continuó la fiesta y empezó mi primer día Chayanne. Cuando me quedé sola, bajé de Internet todo lo que sonaba a él y durante varios días mi vida se llenó de su etérea presencia, es decir, me vestía, comía o actuaba pensando en él, exactamente igual que cuando tienes novio y haces girar tu vida alrededor de la suya.

Por esa época, principios de otoño, cambié de trabajo. Para mi nueva ocupación, decidí cambiar de acompañante. Así comenzó la semana Brad (Pitt, claro).

En mis primeros días en la galería Scudra, sentirme acompañada, aunque fuera imaginariamente, por el compañero sentimental de Angelina Jolie me dotó de cierto aire de cosmopolitismo, me dio una mundanidad que no tenía y me ayudó a encajar allí, en ese ambiente artístico-intelectual que por fin me abría sus puertas. Cuando, antes de acostarme, elegía el atuendo del día siguiente no me de-

moraba, como siempre, un cuarto de hora largo ante el armario. Un ligero vaivén de perchas de delante hacia atrás, y viceversa, bastaba para encontrar la combinación perfecta.

Un vaquero negro y una blusa tipo ejecutiva me dieron el toque adecuado para enfrentarme junto a Brad Pitt a mi primer día en Scuada. Ojalá hubiera estado conmigo la semana anterior, cuando me entrevistaron una y otra vez aquellas dos diminutas señoras, tan mayores y elegantes, perfectamente ataviadas para tomar el té en Embassy, pero, desde luego, muy poco apropiadas para una reunión matinal de trabajo. Eran dueñas de una galería de arte y, mientras acariciaban sus collares de vueltas, me cosieron a preguntas: experiencia, estudios, datos de interés, experiencia, estudios, datos de interés, experiencia, estudios, datos de interés. ¡Uf! Contesté lo de siempre: «Me llamo Ester Lasierra, dejé en primero Bellas Artes, no pasé de primero en Periodismo, estuve a punto de empezar Derecho, pero he estudiado tantos másteres como créditos le concedió Caja Madrid a mi padre. También he sido becaria en dos ocasiones, una de ellas en el departamento de prensa del Museo Geominero y otra, durante dos meses consecutivos, en la Fundación Estelas del Prado». Hasta ahí el resumen de mi experiencia profesional, sin contar los veranos en una tienda de ropa y el actual empleo en un bazar de complementos y bisutería. Necesitaron un par de encuentros más para cerciorarse de que yo era la persona que buscaban, pero, tras decidirse, todo fue muy rápido. Firmé un contrato de doce meses de duración para trabajar como ayudante en la galería Scuada, y el papelito blanco se convirtió en mi bandera. Tres firmas ondeaban al viento cuando salí de allí, con el porvenir entre las manos.

Lo primero que hice fue renovar mi vestuario.

Pasé por casa de Sandra y Nuria, que son mis mejores amigas aunque se emanciparon sin mí, y saqué sus armarios. La ropa de Nuria me queda un poco grande porque ella siempre ha sido más. Nos gana en estatura, se broncea

antes y es la más juiciosa de las tres; cualquier superlativo la describiría. Tiene novio formal, un expediente académico lleno de nueves y dieces, y la convicción de que el plan Bologna reducirá los tres años de carrera que aún tiene por delante. Para ganar puntos y una estatua propia en la facultad de Ciencias de la Información, compagina sus estudios con un trabajo de becaria en la radio. Si se esforzara un poco, rozaría la santidad, pero de momento se conforma con la perfección. Su pelo es negro, extremadamente liso, y le llega a la altura de los hombros. Ella dice que de su cara borraría los labios, por finos y por romper la armonía de unos ojos muy oscuros y una nariz preciosa. Los demás opinamos que su boca no solo no estropea nada, sino que dulcifica su barbilla afilada y da forma de corazón a su mentón de bruja.

Sandra, que nació rubia, se esfuerza por mantener el tono claro de sus cabellos. Llegó al mundo once meses después que yo y un mes más tarde que Nuria. Es alocada e irascible, pero suele llegar antes que ninguna al corazón de la gente. Envidia a Nuria tanto como yo, pero lo disimula mejor. Sandra y yo compartimos talla exacta: una treinta y ocho que a veces llega a la cuarenta y, salvo problemas tiroideos puntuales, jamás a la cuarenta y dos. Si no fuera por sus grandes pechos, a primera vista la gente repararía en sus ojos. Ella sabe que el azul de su mirada queda deslucido por su escote, y, no siendo a primera hora de la mañana, suele realzar con maquillaje las distintas partes de su rostro para conseguir labios jugosos, pómulos sonrosados, párpados bañados en *kohl*...

Las tres compartimos nuestro amor por las alturas; nos gustan los taconazos, aunque nos saquen arrugas en el entrecejo, y desde nuestro metro sesenta y algo, creemos que para dejar de sentirnos pequeñas lo mejor es subirse a unos zapatos altos: desde arriba todo se ve mejor. La vista precisamente es el punto fuerte de Sandra. Dentro de poco se habrá diplomado en Óptica y Optometría, y de momen-

to ocupa sus tardes haciendo prácticas en un centro oftalmológico. Liga tanto mientras vende lentes de contacto y soluciones de conservación que Delgado Espinosa, en vez de su jefe, tendría que ser su orientador sexual.

Aquella noche, mientras celebrábamos mi nuevo empleo, confesé a mis amigas lo de Chyanne y Brad y las dos se mostraron encantadas con mis fantasías. Acostumbradas a mis penas de amores, enfrentarse a una pareja mía que no fuera de carne y hueso y que no me hiciera sufrir era raro, pero alentador. De las tres, yo era la que ostentaba el fatigoso honor de haber sufrido más Dolorosos Instantes de Desamor. Estos DIdD podían desarrollarse por etapas o momentos y tenían distintos grados de magnitud. Me los conocía todos. Nuria disfrutaba de chico fijo y Sandra presumía de no haberse enamorado nunca. La que traía a casa corazones destrozados, sueños rotos y demasiadas ganas de querer era yo. Las que me recargaban el MP3 con canciones alegres, compraban vino y me abrazaban eran ellas. Reconocí que últimamente pasaba demasiado tiempo con el signo de menos en la cara, tras ahogar mis descalabros en cualquier *outlet*. Precisaba un cambio antes de que el Fondo Monetario Internacional interviniera mis cuentas, y ambas se alegraron del alto el fuego. Durante la conversación y muertas de risa, empezamos a desvariar imaginándonos novios imposibles. En un ataque de exageración del que luego me arrepentí, levanté mi ron con limón y juré ser fiel a mis parejas imaginarias hasta que finalizara mi contrato con Scudra, justamente un año después.

UNO: PAREJAS IMAGINARIAS

Enseguida me aburrí de mis parejas imaginarias semanales y decidí aumentar la duración de los *affaires*. La noche en la que dejé a Andrés Velencoso se inició el mes *Jude Law*, y todavía recuerdo a Nuria poniendo objeciones a mi *look* Sienna Miller, antes de empezar la gran aventura que cambió mi vida.

A Nuria le habían encargado en la radio un reportaje sobre el trabajo de la policía en las noches de Madrid. No le hacía ninguna gracia eso de ir en un coche patrulla para ver de cerca cómo los polis detenían a los malos, pero a Sandra el asunto la enloqueció. Desde el mostrador de la óptica organizó toda la operación: se ocupó del estilismo, improvisó un guión y convenció a Nuria para que la hiciera pasar por estudiante de periodismo y persuadiera al departamento de prensa de la policía de la necesidad de que la nueva becaria, todavía no documentada, acompañara a la redactora en prácticas.

Lo tenía todo muy bien atado; sin embargo, no sujetó adecuadamente a su mascota y no pudo evitar que a Flipi lo atropellara un coche. Cuando el cócker cruzó sin mirar, se ganó de inmediato una intervención de urgencia que coincidió con la hora prevista para el inicio de la gran aventura. Con Sandra incapacitada, Nuria se quedaba sola, y ahí entraba yo.

Para engatusarme, a Nuria no le bastó con enumerar una por una las veces que había llorado en su hombro, las ocasiones en las que había mentido por mí, la ropa que me había prestado, las entradas para conciertos y teatros que me había conseguido. Mi amiga recurrió a las lágrimas y me conmovió. La estrategia formaba parte de un acuerdo no escrito del tripartito: si una de las tres no puede, para eso está la otra, o la otra, o el llanto.

Llamé a casa y expuse un argumento que ya había esgrimido en otra ocasión siendo mentira: dije que tenía que

ayudar a Nuria en un reportaje y que esa noche no dormiría allí. Mi hermanita pequeña, de ocho años, contestó al teléfono y comunicó mi mensaje prácticamente a todo el vecindario.

—Dice Ester que no viene ni a cenar ni a dormir porque se va a no sé qué de la radio con Nuria.

De fondo escuché a mi madre exclamar el «¡ah!» de costumbre y a mi padre el «¡oh!» habitual. Y en mi hogar todo siguió bien sin mí.

Después me puse manos a la obra. No era el mejor de los planes, pero si había que ir, había que ir y deslumbrar.

No tenía tiempo para hacer nada con mi pelo, así que lo recogí en un moño, arranqué la etiqueta a una camiseta de cuatro euros que me acababa de comprar y le cogí prestados los jeans y los zapatos estilo *peep toes* a Sandra. Un *trench* negro de la temporada pasada completó el conjunto, y solo las críticas de mi compañera al mix Sienna sobre once centímetros de tacón me hicieron dudar sobre mi aspecto, pero ahí sí que no había discusión posible. ¡Sin tacones, Ester no hace favores!

DOS: NOCHE CON LA POLI

Había empezado octubre.

Cuando llueve en Madrid de noche, los edificios de la Gran Vía se reflejan en el suelo mojado y la ciudad parece estar al revés, con la gente caminando por un mar de cemento mientras piensan que todo es posible. Luego se apagan las luces y se abre otro escenario.

Íbamos en un coche camuflado que carecía de todo símbolo policial, con dos experimentados agentes que respondían por turnos a las preguntas de Nuria sobre la inseguridad en el centro de la capital y los riesgos de patrullar de noche. Mi amiga y yo, sentadas en el asiento trasero, nos agarrábamos a todo lo que podíamos mientras rodábamos a gran velocidad por unas callejuelas que Fernando Alonso hubiera preferido cruzar a pie y muy despacio.

En uno de los cruces imposibles algo crujió dentro de mí y empecé a vomitar. El conductor paró inmediatamente para que no se manchara la tapicería y, al abrir mi puerta bruscamente, una moto, con otro loco a los mandos, la arrancó de cuajo. Salí del vehículo como pude, con Nuria a mi lado y una especie de fuente incontenible surgiendo de mis entrañas. Entre arcadas, observé cómo los policías rellenaban los papeles del seguro junto al motorista milagrosamente ileso. Entonces llegó un coche patrulla, con sus correspondientes distintivos policiales y los destellos azulados girando sobre el techo, y al pobre motero se le puso la cara de color añil mientras aferraba su casco y se percataba de con quién había chocado. Los dos policías uniformados se bajaron del zeta con una agilidad que demostró su juventud y nos observaron con curiosidad. Uno de ellos me dirigió una mirada de fastidio que me encandiló y me sentí lo suficientemente bien como para pensar en Jude Law y decirle: «Jude, ¡acabo de conocer a alguien mucho más guapo que tú!».

Los agentes de paisano pidieron a los polis recién llegados que se ocuparan de nosotras y del reportaje, y allí dejamos a nuestros primeros guías, entre un motorista asustado y una puerta tirada en el suelo, a modo de metáfora incomprensible.

Nuestros nuevos acompañantes nos llevaron a un bar de Leganés, que no cierra de noche y que estaba lleno de policías, para que yo pudiera asearme y recomponer mi cara de muerta. Hubiera tomado un ron, pero me sirvieron una manzanilla y me la bebí sin rechistar. Después, fui al baño para rociarme con varios litros de perfume, y al pasar por la puerta entreabierta del aseo de caballeros lo vi.

Másguapoquejude se estaba ajustando el cable del transmisor por dentro de la camiseta y tenía medio torso desnudo. Era moreno de pelo y piel, me sacaba dos cabezas —rondaría el metro noventa— y movía las manos con precisión: dedos largos, fuertes; uñas cortas, limpias. Se bajó la camiseta, se colocó encima el chaleco antibalas y luego el jersey azul marino con el escudo oficial en la parte derecha. No se miró en el espejo, no se atusó el flequillo revuelto ni se tocó la incipiente barba; si lo hubiera hecho, me habría visto hipnotizada figando en el servicio de los chicos.

Másguapoquejude se llamaba José Ángel, pero todos lo conocían como Josán. Me enteré cuando su jefe le habló por radio. Iba de copiloto, al lado de Alfredo, que era mucho más hablador. Una ventaja para Nuria, que así tenía más material grabado para su trabajo.

—Hasta ahora la noche ha sido tranquila —dijo el conductor fuera de micro.

En la siguiente hora solo se ocuparon de un par de coches sospechosamente mal aparcados y que, al ser comprobados, resultaron ser, efectivamente, robados. Poco después, a través de la radio, el jefe les propuso con voz metálica que se dirigieran al Elena's.

Alfredo pensó que había que darle emoción a la noche y puso la sirena a la vez que pisaba a fondo el acelerador. Cruzamos Madrid con un ruido estruendoso y vimos pasar las calles vacías y mojadas como se ven los campos manchegos desde el AVE. Nuria grabó todos los sonidos, con los ojos casi negros por la emoción. A mí también se me oscurecieron las pupilas, pero siguieron marrones, mientras de nuevo fui presa de un ataque de náuseas. Intenté concentrarme en el ir y venir del limpiaparabrisas, en la nuca perfecta de Josán, y en el reloj. Eran las tres de la mañana y me preguntaba hasta cuándo podía durar aquello.

Los coches de policía deben de tener un freno especial: se paran y punto. Mi amiga exhaló un «¡eh!», con la mirada brillante, como si acabara de sobrevivir a una caída libre, y segundos después todo fue quietud. Aparcamos junto a otros vehículos policiales ante el Elena's, que resultó ser un club de alterne. Dirigiéndose a nuestro asiento trasero, Másguapoquejude nos tendió un par de chalecos con el emblema de la Policía Nacional, a la vez que nos explicaba muy serio que iban a hacer una redada y que, si queríamos entrar con ellos, debíamos permanecer calladitas en algún rincón del fondo. ¿Queríamos? ¡Por supuesto que no!, pero Nuria dijo «¡sí!» con una voz de pito tan ridícula que tuve que mirar para otro lado para no partirme de la risa.

El puticlub estaba situado en los bajos de un hotel de cuatro estrellas pegado a la carretera M-40. Dentro, todo era oscuridad y música atronadora. Nuria y yo entramos las últimas, detrás de Josán y Alfredo, y no vimos lo que pudo ocurrir antes de que se encendieran las luces. De repente cesó la música y desde lo alto del escenario, lleno de barras de *striptease*, un policía armado y cubierto con un pasamontañas ordenó silencio. Ya solamente se oían murmullos. Observé que el público doblaba, no, triplicaba en número a los agentes que apenas pasaban de la docena, pero nadie opuso resistencia. A un lado, en la pista de baile, colocaron a las chicas, que iban vestidas como para bañarse

en el Club de Campo: biquini, tacón y blusita con cientos de collares sobre el pecho; al otro lado, junto a la barra del bar, los hombres, y en el suelo, tiradas, montones de bolsitas de polvo blanco.

La batida duró casi tres horas. En ese tiempo se desalojaron las habitaciones y los clientes mostraron su documentación mientras de uno en uno, sin mirar atrás, abandonaban la sala.

Las mujeres se pusieron algo por encima y contestaron: nombre, edad, procedencia.

—¿Ejerces la prostitución en contra de tu voluntad?

Una tras otra respondieron mecánicamente mientras negaban con la cabeza. El interrogatorio resultó largo y aburrido hasta que una de ellas, de pelo largo y rubio, muy alta y calzada con *stiletos*, dijo «sí».

El policía formuló de nuevo la pregunta:

—¿Ejerces la prostitución en contra de tu voluntad?

Todos la miramos con los ojos muy abiertos, y recuerdo que una de las otras chicas le señaló veladamente a uno de los tíos que estaba en el grupo de los hombres, pero la chica del pelo de plata se envalentonó y, en medio de varias frases ilegibles, consiguió decir:

—*Mi obligan... ¿comprrendes?*

TRES: PUTICLUB

Todos miraron a la misma persona, primero las prostitutas y luego los policías. El hombre destacaba entre los demás porque vestía un traje blanco en una noche de lluvia. Le hubiera venido mejor un chándal, ya que cuando se vio acorralado intentó escapar y esprintó hasta la puerta; allí, claro, fue detenido por varios agentes. Su americana immaculada se rasgó de arriba abajo, y él gritó algunas palabras en un idioma que no entendí. Su cara descompuesta indicaba que, en realidad, la chaqueta rota era lo de menos: le habían pillado y eso no tenía arreglo.

—¡Si la chica es menor, se te va a caer el pelo! —amenazó el guardia que lo esposó.

El de la chaqueta rota dejó de forcejear y volvió a gritar, esta vez en español:

—¡No es menor, es una puta! —Y se rio. Entonces se fijó en nosotras, en Nuria y en mí, y sin dejar de reír nos hincó la mirada—. ¿Y esas quiénes son? Esas son vuestras, ¿eh? Están en el mercado. ¿A que sí? Yo os digo una cosa: si vosotros me quitáis a mis chicas, yo os quito a las vuestras.

Se me cortó la respiración.

El agente que le sujetaba le dio un gran empujón y le sacó a la calle, pero el individuo siguió bramando. Nos llamó de todo a las dos, a la vez que, con su extraño acento, detallaba lo que nos haría cuando estuviera libre. En ese momento mi amiga me susurró:

—Qué pena no ser una mujer policía de verdad para darle lo suyo a ese mamón.

Sentí de nuevo ganas de ir al baño, pero no podía moverme y, para aumentar mi desconcierto, Másguapoquejude se acercó y me preguntó si estaba bien mientras me tendía un vaso de agua.

Yo le sonreí con cara de tonta y le dije:

—¡Tranquilo! ¡Si a mí esto de que me amenace un matón me pasa siempre!

Él seguía muy serio y nos contó que ya estaba en camino una dotación especial de asistencia y protección para atender a la chica. Recordé mi papel de periodista y le pregunté qué ocurriría con ella después. Josán miró su reloj y contestó.

—Son casi las seis y media. En menos de dos horas esa chica saldrá por la puerta de la comisaría sin haber denunciado de verdad a nadie y se encontrará en la puerta con otro de sus chulos, que probablemente le dará una paliza. Si no la mata, la obligará a prostituirse de nuevo.

—Pero no lo entiendo. ¿Por qué crees que al final no denunciará? Lo acaba de hacer; prácticamente ha señalado al tío ese —le recordé.

—Ya —siguió Josán—, pero en comisaría se retractará. Pasa siempre, en cuanto mencionan a sus familias. Ésa es la baza de esta gentuza, enseñan una foto de un ser querido en una mano y llevan una pistola en la otra. Si cruzan los brazos: ¡bum! ¿No te has fijado en que ninguna de las otras chicas ha secundado la denuncia? Si ellas no abren la boca, ellos no cruzan los brazos. Están aterradas y nuestro trabajo es ayudarlas, pero sin una palabra suya no podemos hacer nada. ¿Ves cómo no es fácil? ¿Tú te atreverías a denunciar? ¡Seguro que no!

—¡Desde luego que no! —contesté.

La pista de baile se estaba quedando vacía. Algunas de las chicas fueron llevadas a comisaría. El resto de prostitutas abandonó el lugar siguiendo a un par de hombres que escoltaban su vuelta a la rutina. Me pregunté cuántas redadas como estas habrían vivido ya, y cuál sería el día de mañana de cada una. Según nos explicó Josán, las mujeres que no habían presentado documentación en regla acudirían a las dependencias policiales para incoar su expediente de expulsión; las demás eran libres. En España ejercer la prostitución no está penado por la ley.

Pensé en mi hermanita Clara, tan plasta, siempre siguiéndome a todas partes. Deseé estar con ella en ese momento

y me alegré de no ser prostituta, ni policía, ni periodista, y me pareció que ya era hora de que acabara la puñetera gran aventura de Nuria. Ella pareció estar de acuerdo, porque sonrió aliviada cuando Alfredo y Josán nos sacaron de allí y nos llevaron a casa, sanas y salvas.

Nos despedimos de ellos de prisa y corriendo, volvía a llover y mi amiga no quería que sus vecinos la vieran llegar en un coche de la policía. Mientras subía las escaleras calibré qué posibilidades había de que, por algún casual, tuviera la suerte de volverme a topar con Másguapoquejude en una ciudad como Madrid, con seis millones de habitantes en continuo movimiento.